El vicio dominante

Morgan Robertson

Sobre esta edición

Obra original: *The Ruling Passion* — Morgan Robertson, 1898.
Edición: Traducción por Fernando Guzmán, 2025.
Nota legal: La obra original en inglés está en dominio público.
Esta obra derivada se distribuye bajo licencia Creative Commons CC0 (Dominio Público).
La presente edición se ofrece como contribución editorial abierta, libre de restricciones de uso.

ARCHIVO
HISPÁNICO

El misterio del barco ataúd: un barco mercante de aparejo cuadrado que fue hallado con las brazas sueltas, las perchas oscilando sin control y rodando perezosamente en la resaca del mar; un barco recién pintado, pero sin la menor señal de vida a bordo.

Era en los tiempos de la vieja marina de madera, cuando sólo unos pocos de los barcos mayores, fragatas y bergantines-goleta llevaban potencia auxiliar de vapor. Mi barco, un bergantín-goleta artillado, no la tenía. Dependíamos enteramente del viento, de modo que nuestro viaje hacia Sídney fue largo y tedioso, con la inevitable consecuencia de deserciones entre la tripulación. Al disponernos a zarpar rumbo a Shanghái, y hallando dificultades para completar el número reglamentario de hombres, el capitán negoció con las autoridades locales, con el resultado de que unos veinticuatro hombres —todos marineros—, presos por diversos delitos, se enrolaron en la Marina estadounidense como alternativa a cumplir sus condenas, y fueron entregados a bordo. Tras unos días de instrucción encontraron sus puestos, y nos hicimos a la mar.

Eran una partida dura; y, aunque sabíamos que no había entrado licor con ellos, al cabo de pocos días, de dos en dos, o tres o cuatro a la vez, se les hallaba ebrios y se les confinaba en el calabozo. Incluso allí continuaba la borrachera, y se dispuso una estricta guardia para impedir que se les pasasen fluidos desmoralizadores; pero, antes de que el grupo inicial se hubiese despejado, su número había aumentado a doce; y para entonces nos encontrábamos ya cerca del grupo de las Loyalty, donde, a través de un mar bastante calmo, avistamos un mercante de aparejo cuadrado, con las brazas sueltas, las vergas oscilando sin control y rodando perezosamente en la resaca. Al acercarnos, observamos con los anteojos que no había señal de vida a bordo; incluso el timón estaba abandonado.

—Arriamos las vergas mayores y enviamos un bote —dijo el capitán—. Y usted, señor Springer —esto dirigido a mí—, acompáñeles e investigue.

Yo era cuarto teniente, un joven ansioso de aventuras, y con gusto seguí a los hombres al bote en la escala. Remamos hacia la nave bamboleante y notamos que había sido recién pintada por fuera, con el aparejo firme recién embreado, mientras los mástiles estaban raspados y barnizados de nuevo. Aunque era claramente un barco de mediana edad, relucía y centelleaba al sol como si acabara de salir de los astilleros.

Al pasar bajo la popa, distinguimos su nombre: East Wind, de Bangkok; y supuse que era uno de esos barcos de construcción americana y propiedad extranjera que surcan arriba y abajo el mar de la China.

En las cadenas del mesana, el proel amarró; y yo subí a bordo, yendo a popa por el pasillo hasta el espacio tras la cámara. Allí, tendido de espaldas, yacía un hombre con la cabeza destrozada. Muerto y frío, comprobé al tocarle la mano. Llamé a la mitad de la tripulación para que subiera; y, cuando hubieron trepado la borda, descendimos por las escaleras a la cubierta principal.

Aquí el horror se intensificaba. La cubierta estaba sembrada de hombres muertos. Uno, justo delante de la puerta del camarote, mostraba un rostro desfigurado más allá de toda semejanza humana, y junto a él yacía una pistola, con el martillo abatido sobre la chimaza y una recámara descargada. A pocos pies de distancia había otro, con un agujero de bala en la frente, evidentemente causado por el proyectil faltante de la

pistola. Estaba vestido de manera tosca, con un cuchillo de vaina sujeto al cinto, sin duda un marinero, mientras que los otros dos iban mejor vestidos y parecían pertenecer a la oficialidad subalterna. Y hacia la borda de estribor yacía otro hombre bien vestido con el cráneo aplastado, completando el trío del capitán y los dos oficiales.

Y había más. El despensero, como evidenciaba su delantal blanco, yacía cerca de la escotilla del sollado, y su cabeza también había sido destrozada; pero estos cuatro eran los únicos que mostraban señales de violencia. Esparcidos por la cubierta y en las literas de proa contamos dieciséis hombres muertos, ninguno de los cuales mostraba herida, contusión o marca alguna que indicase qué los había matado. Pero, dado que todos estaban en buen estado de conservación, la tragedia no podía haber ocurrido más de unos pocos días antes, y había sucedido en plena faena; pues a lo largo del cabillero recién raspado había tarros de barniz y pintura, mientras la cubierta estaba sembrada de palancas —usadas contra los oficiales, sin duda— y casi todo el aparejo de labor estaba soltado de los cabilleros.

Descendí a la cámara, hallándola desierta, y revisé el cuaderno de bitácora y los papeles del capitán. La última anotación en el cuaderno se había hecho dos días antes; y en la "columna de observaciones" sólo figuraba una referencia a la insolencia hacia el primer oficial por parte de un hombre de la tripulación—nada que tuviera relación con la tragedia o sus comienzos. Los papeles del capitán mostraban que el barco llevaba diecinueve días de salida desde Adelaida, con rumbo a Hong Kong.

Al volver a cubierta, reuní a mis hombres en el bote y regresé al navío, donde, rodeado de mis compañeros oficiales, informé al capitán.

—Motín, sin duda —gruñó—; y asesinato; pero, en cuanto a lo que mató al resto, tendrá que averiguarlo usted, señor Springer. ¿Quiere llevar ese barco a puerto? No puedo darle muchos hombres.

—Lo llevaré, señor —respondí—. Déme a los doce hombres del calabozo. Me las arreglaré. ¿A dónde debo llevarlo, señor?

—De vuelta a Sídney. Descargue a los hombres en la oficina del cónsul y síganos a Shanghái. Puede que llegue antes que nosotros.

Así, los doce reos, ya sobrios, fueron reunidos en cubierta y alineados. Todos estaban dispuestos a ir; todos prometieron trabajar y obedecer órdenes tan fielmente como si hubiesen firmado reglamentariamente; y todos se alegraban de salir de la marina. Se les entregaron sus sacos, y a mí una lista con sus nombres. Los fui anotando conforme bajaban por la escala: Kenyon, Kellar, Macintosh, Wilson, O'Hara, Thompson, Devlin, Taylor, Mulligan, Brown, Miller y Gall. El último era un gigante de hombre, digno de ser retenido en la marina; pero las circunstancias exigían su liberación.

Fuimos remolcados hasta el barco abandonado y, una vez a bordo, el bote regresó; y quedé yo solo con mi tarea. La primera parte consistía en deshacernos de los cuerpos, lo cual hicimos sin servicio de oración alguno; pues no había ni tiempo ni sentimiento para ello. Pero el gran Gall y algunos otros dejaron escapar comentarios de reconocimiento al manipular a este viejo compañero de barco o aquel.

Después vino la limpieza de las cubiertas. Arrojamos por la borda los tarros de pintura y barniz —pues no me sentía llamado a pulir aquel barco para sus dueños—, enderezamos las vergas y, con una brisa suave de aleta, pusimos rumbo a Sídney siguiendo un derrotero que tracé a partir de la posición de nuestra propia nave al mediodía.

Observé a mis hombres durante un rato mientras trabajaban en la cubierta, lavando la sangre y adujando cabos, decidiendo al fin que Gall era el más competente. Le llamé a popa, le interrogué, descubrí que sabía algo de navegación y le nombré primer oficial.

Kenyon parecía el siguiente mejor, y le asigné como segundo; mientras que a dos cocineros que encontré entre ellos, Kellar y Wilson, les eximí de hacer guardia. Kellar cocinaría para la tripulación, Wilson se ocuparía de la cámara y de mí. Como ya anochecía, se eligieron las guardias, cuatro hombres por banda—una fuerza reducida; pero, como sólo esperaba unos pocos días de travesía hasta Sídney, y el tiempo era benigno, lo consideré suficiente.

Pero cometí un error. Debería haber conservado aquellos tarros a bordo y mantenido a los hombres ocupados.

Todo fue bien aquella primera noche y al día siguiente. No había viento digno de mención; y, aparte de la limpieza matutina de la cubierta, no se hizo trabajo alguno, salvo el ocasional braceo de vergas, y una vez levantar las escotillas para inspeccionar la carga. No encontré más que pieles—apiladas hasta las vigas; nada que pudiera emitir gases venenosos y matar a dieciséis hombres. Me desconcertaba el misterio, pero no hallaba solución. Era inútil pensar que todos se hubieran suicidado tras asesinar a los oficiales; pues, aunque uno o dos pudieran sentirse lo bastante arrepentidos, dieciséis no. Algo en la naturaleza de un veneno los había matado, sin duda; pero ¿dónde, y cómo, a bordo de un barco, podía encontrarse suficiente veneno para tal faena?

Revisé el botiquín, sin embargo, y no obtuve ninguna pista. Ninguna botella ni paquete había sido abierto. Pasé por el almacén del despensero y, además de las provisiones habituales, encontré dos cajas de coñac y dos de whisky—sin abrir; pero no hallé botellas sueltas; y en nuestra primera inspección del barco no habíamos encontrado ninguna vacía. Sabía que el exceso de coñac o whisky podía matar; pero no a toda una tripulación, sin dejar algún signo tras de sí. No, no había habido saqueo de provisiones para que dieciséis hombres bebieran hasta morir y arrojasen las botellas por la borda antes de expirar.

Lo dejé por el momento, y el resto del día observé atentamente a mis hombres mientras holgazaneaban alrededor de la escotilla de proa y entraban y salían del sollado. Eran los típicos marineros mercantes; y, aunque vestidos con la ropa de faena de la marina, carecían de la prestancia del hombre de guerra, pero poseían lo que el marinero de la marina no tiene: esa curiosa expresión en el rostro, sea cual sea el tipo, fruto de la lucha de una fuerte inteligencia contra la ignorancia. Los marineros mercantes no necesitan saber leer ni escribir, pero han de ser inteligentes, o no podrían sobrevivir. En su entorno natural en el mar son como muchachos; en tierra, como niños.

Gall y Kenyon ocuparon los camarotes de los dos oficiales en la parte delantera de la

cámara. Yo ocupé los aposentos del capitán en la parte de popa; y aquella noche me acosté para dormir bien, inquieto sólo por el misterio sin resolver de las dieciséis muertes. Por la mañana, me despertaron los sonidos de la guardia lavando la cubierta y el clamor de voces airadas.

Al subir, encontré a Kenyon imponiendo su posición como segundo oficial frente a la insolente burla de los demás, a la que se añadían los comentarios blasfemos del hombre al timón.

Esto no podía tolerarse, pensé; y, tras haber acallado el alboroto, llamé a Gall y le ordené que buscara, o improvisara, cuatro tarros limpios de pintura. Estos hombres debían mantenerse ocupados, le expliqué, y él estuvo de acuerdo conmigo. El cabillero raspado sólo había sido parcialmente barnizado, y había varios puntales y algunos "huecos"—zonas sin cubrir—en lo alto que mantendrían a la guardia de cubierta ocupada hasta que yo ideara otra tarea.

Así que Gall sacó los tarros de pintura y abrió un nuevo bidón de diez galones de barniz del pañol, con el que llenó los tarros; y, después del desayuno, los cuatro de cubierta se pusieron a trabajar de mala gana.

Cuando el barnizado estuvo terminado, hice que Gall sacara las piedras pómez, y mantuve a la guardia ocupada por la tarde en esa labor tan desagradable para los marineros. Sus ceños se acentuaron, pero no hubo quejas; y, mientras un marinero no se queje, no hay peligro de motín. "Gruñe si quieres, pero trabaja debes", es el lema del sollado; y en ello confiaba.

Obedecían ahora las órdenes de Kenyon sin objeción, y trabajaban duro; era lo que estaban acostumbrados a hacer, sólo que Kenyon, siendo uno de ellos, no había logrado imponerse. Pero a la mañana siguiente, cuando subí a cubierta, encontré a Gall apoyado contra la cámara con una expresión de rostro perpleja, ansiosa y dubitativa, y a dos hombres tendidos sobre la escotilla principal.

—Muertos —dijo Gall, cuando pregunté.

—¿Muertos? —repetí—. ¿Qué los mató?

—No lo sé, señor —respondió—. Los vi desplomarse hacia una campanada, y cuando pedí cubos y escobas no respondieron. Los encontré muertos.

Mientras hablaba, pensé —aunque no podía estar seguro— que olía licor en su aliento; pero lo olí con toda certeza al pasar sotavento del hombre al timón. Tenía aspecto estúpido, y sólo con ayuda de la caja del timón podía mantenerse erguido.

Bajé a la cubierta principal y me situé sobre las figuras silenciosas en la escotilla. Aún estaban calientes, pero no emanaban vapores de alcohol. Tenían los ojos cerrados y los rostros tranquilos, sin mostrar nada del gesto de quienes mueren con dolor.

El otro hombre de la guardia estaba cerca del cabrestante, con un semblante tan ansioso y dubitativo como el de Gall, y le interrogué. Él también dijo no saber nada; y, aunque

busqué con diligencia un soplo de su aliento, no hallé olor de alcohol. Aun así, estaba convencido de que había licor en el sollado, y que aquellos dos hombres habían bebido en exceso.

—Señor Gall —le dije al reunirme con él—, después del desayuno, limpie ambos sollados, extienda la ropa de cama y registre el equipaje. Hay licor en proa.

—¡A la orden, señor! —respondió respetuosamente—; pero si lo hay, yo no lo sabía.

—El hombre al timón está borracho ahora —exclamé con vehemencia.

—Si lo está, señor, no me lo pareció. No lo he notado.

—Usted mismo ha estado bebiendo.

—No, señor —contestó Gall, enderezándose—. No lo he hecho. ¿Dónde podría conseguirlo, señor?

—Lo sabremos después del desayuno.

Como el viento seguía flojo, y el gobierno no excedía las limitadas facultades del timonel, no lo relevé, sino que fui a desayunar. Sin embargo, estuve arriba a las ocho campanadas, y, cuando fue relevado, lo observé tambalearse hacia proa. Cayó por los escalones del alcázar; pero se levantó y siguió hasta llegar a la puerta del sollado; y allí, con un gemido burbujeante que me alcanzó en el alcázar, alzó los brazos, giró sobre sus pasos y cayó de bruces en la cubierta.

Corrí hacia adelante y me uní al grupo de hombres que lo rodeaban. Puse mi mano sobre sus labios, sobre su pecho; no había respiración, ni latido. Estaba muerto.

—Colocadlo en la escotilla principal junto a los otros —ordené con severidad—, y que la guardia vaya a desayunar.

Después de que Gall hubo desayunado, no había rastro alguno de licor en su aliento; y me ayudó enormemente en mi inspección de cada saco, manta y recipiente, así como de cada litera y estante en los dos sollados. No encontramos nada; y yo interrogué con dureza a cada hombre por separado acerca de lo que sabía del asunto. Ninguno sabía nada. Parecían tan preocupados como yo mismo, y envié la guardia abajo, irritado y rebelándome contra mí mismo por no poder resolver aquel problema.

Enterramos a los tres hombres al mediodía; y durante unos días, aunque avanzamos poco hacia Sídney, todo marchó bien. Una vez, sin embargo, escuché la voz airada de Gall delante del sollado declamando a los hombres. Creí oír la palabra “necios”.

Los tres hombres desaparecidos eran Miller, O’Hara y Thompson; y, dado el número limitado de los que quedaban, envié a Kenyon al sollado y asumí yo mismo su guardia. Pareció afectarle más allá de lo razonable. Refunfuñaba en voz alta, se enzarzó en una pelea a puñetazos con Devlin y, tras ser vapuleado, expresó su opinión sobre mí, sobre el barco y su tripulación, la marina y todas las cosas del cielo arriba y de la tierra abajo.

Luego vino a popa a medianoche para tomar el timón, tan borracho que apenas podía subir los escalones del alcázar. Lo observé unos momentos al timón, y luego llamé a un hombre para relevarlo.

Kenyon avanzó tambaleándose, maldiciendo furiosamente; pero no pasó del aparejo mayor. Allí se tambaleó y cayó; y cuando llegué al lugar estaba muerto.

Lo tendimos en la escotilla, y volví a inspeccionar el almacén del despensero, con la idea de que Kenyon, mientras estaba a popa, lo hubiera saqueado; pero no faltaba nada; las cajas no habían sido abiertas.

Armándome —pues tenía en mente aquellas cuatro cabezas destrozadas en la cubierta de popa— llamé a Gall desde su litera, e hicimos una inspección casual en proa. Tenía la idea de que pudiera haber un pasaje secreto hacia la bodega desde el sollado; pero no lo había, y la escotilla de proa estaba firmemente cerrada. Abrirla y cerrarla sería un trabajo ruidoso de media hora, así que estaba convencido de que no había sido tocada. Bajo el sollado del juanete de proa no encontramos nada sospechoso. No había escotilla, y ningún escondite salvo los pañoles de pintura y del contramaestre. Estos no contenían licor.

Mandé a Gall abajo; y por la mañana, después del desayuno, dimos a Kenyon sepultura en el mar. Luego me dirigí a los hombres, que permanecían ante mí con semblantes sombríos y ansiosos.

—Hombres —dije—, habéis visto a cuatro de los vuestros sucumbir por alguna bebida mortal que habéis encontrado en proa. Sea lo que sea, debe de ser lo que causó el motín de la anterior tripulación y mató a todos los amotinados. Yo no sé qué es, y quizá vosotros tampoco; pero apelo a vuestro sentido común y a vuestro amor por la vida para que lo dejéis. En unos días estaremos en puerto, donde seréis licenciados con dinero; y si queréis beber, podréis hacerlo sin morir por los efectos. No puedo decir más.

Entonces todos declamaron —incluso mi oficial jurando con vehemencia junto a ellos — que no habían encontrado licor alguno, que estaban tan a oscuras como yo respecto a las muertes, y que, aun de haber hallado licor, no lo beberían en el mar. A lo que respondí que lo olía en sus alientos; pero lo negaron con igual vehemencia. Completamente disgustado y desanimado, los despedí.

Estábamos ya tan escasos de personal que envié a Wilson, mi despensero, a proa para hacer guardia y trabajar en cubierta; pero no hubo brote alguno por su parte, y los días transcurrieron tranquilos, sin más tambaleos ni muertes de hombres envenenados. Kellar, el cocinero, me traía las comidas; y yo mismo repartía las provisiones, manteniéndole fuera del almacén, pues sabía que hombres capaces de beber mal licor irían más lejos para beber del bueno.

Gall parecía haber asumido una posición de neutralidad armada. Aunque cumplía su trabajo fielmente, con respeto hacia mí y con eficacia, siendo todo lo que podía pedir de un oficial, sabía que estaba en el secreto—que no traicionaría a sus compañeros, aunque los amonestaba continuamente. Pasaba bastante tiempo en proa durante su guardia abajo; y yo podía oír su voz airada, aunque no lo que decía. Así que sólo podía esperar

que su influencia prevaleciera; pero cuando Macintosh vino a popa al timón una medianoche, tambaleándose un poco y despidiendo efluvios de alcohol, supe que no había sido así.

No dije nada a Macintosh, pero lo observé. Aunque borracho, gobernaba bien, y esperé. Luego, a medida que avanzaba la guardia, noté, cuando llamé a los otros dos —Brown y Mulligan— para las brazas, que ellos también se tambaleaban en sus movimientos.

Estábamos ya a la altura de Brisbane; y habría puesto rumbo directo con la brisa del este hacia ese puerto de no haber mostrado la brisa señales de continuidad que justificaban seguir hasta Sídney, a sólo un par de días de navegación. Así que mantuve el rumbo; y a las ocho campanadas puse a todos a trabajar en arriar juanetes y velas de sobremesana, pues la brisa prometía convertirse en temporal. Brown y Mulligan se habían estabilizado algo bajo la influencia del trabajo y el viento, mientras Macintosh, al timón, se despejaba más lentamente, aunque gobernaba bien; y, cuando el trabajo estuvo hecho, los envié abajo, informando simplemente a Gall de que la bebida se había reanudado y de que dependía de él detenerla.

Lo que hizo en esa guardia matutina no lo sé; pero cuando subí a las siete campanadas, encontré el barco escorando bajo un temporal completo; Taylor, al timón, gobernando mal; y un grupo alborotado en proa, entre los cuales estaba Gall, tambaleándose, gritando y peleando. Vi a Gall golpear a un hombre y separar a otros dos que habían empezado a luchar; así que, juzgando que los tenía bajo control, volví mi atención a Taylor. Apestaba a alcohol y apenas podía mantenerse en pie.

—Firme —ordené, mientras el barco se desviaba violentamente contra el viento—. ¡Arriba con el timón, hombre!

—Arriba está —gruñó en respuesta, omitiendo el “señor” que la costumbre secular exige que un marinero conceda a un oficial.

—Señor Gall —grité—. Si tiene un hombre sobrio en proa, mándelo a popa al timón.

—¡A la orden, señor! —respondió Gall; y empujó a Devlin, que apenas se tambaleaba, hacia popa y arriba por los escalones, siguiéndole él mismo algo inseguro.
—¿Qué es esto? —gritó Devlin al llegar por el pasillo—. Ya he gobernado un turno en esta guardia. ¿He de gobernarlos todos?

—Tome el timón —ordené, cuando se acercó.

—¿Y qué si digo que no? —exigió, frunciendo el ceño con actitud pendenciera hacia mí.

Me vi reducido a mis últimos recursos. No estaba a bordo de un buque de guerra con un destacamento de marines a mis espaldas; pero conocía el remedio del oficial mercante contra la insubordinación, y en un segundo lancé mi puño, alcanzando a Devlin en la barbilla y haciéndole retroceder tambaleante hasta los brazos del oficial, que venía detrás.

No quedó inconsciente, aunque permaneció quieto contra el oficial por un momento, parpadeando; luego, con una larga y profunda respiración, avanzó hacia el timón y tomó las cañas de manos de Taylor. Mi golpe parecía no sólo haberlo sometido, sino también haberlo despejado; y tuve un fugaz pensamiento de que el remedio, con la ayuda del oficial, podría surtir efecto en los demás. Pero al instante se desvaneció la esperanza. El oficial habló, con voz pastosa y airada, mientras su aliento me lanzaba a la cara efluvios de alcohol.

—¿Por qué le ha pegado? —preguntó, sosteniéndose contra la cámara—. Esa no es manera de tratar a los hombres. Déjemelos a mí. Yo haré los golpes, y los daré donde más sirvan. ¿Me oye?

Un marinero borracho era una cosa; un oficial borracho, otra. Saqué mi revólver y lo apunté a su rostro.

—Señor Gall —dije con severidad—, usted mismo está borracho, aunque quizá no lo sepa. Lleve a este hombre Taylor a proa y meta al cocinero en la cocina para preparar el desayuno. Rápido, o le disparo en el acto.

Respondió respetuosamente de inmediato, y se volvió hacia Taylor, que había llegado al pasillo de sotavento y ahora se aferraba a la borda, incapaz de avanzar. Cuando Gall lo tocó, soltó la borda y, desplomándose hacia atrás, se tendió de lleno, con los rasgos convulsionándose y los dedos abriéndose y cerrándose. No emitió sonido alguno, y en un instante quedó inmóvil.

—¡Otro! —exclamó el oficial, sobrio mentalmente, si no físicamente, ante la visión—. ¡Otro! Esto no sirve, no sirve en absoluto. ¡Venid aquí dos hombres! —rugió a la tripulación—. ¡Llevad a este hombre a proa!

Todos acudieron —Wilson, Kellar, Mulligan, Brown y Macintosh— más o menos tambaleantes y ruidosos. Pero la visión de Taylor los tranquilizó, y lo levantaron del alcázar hasta el ya familiar lugar de exposición: la escotilla principal. Luego Gall, que los había acompañado, empujó a Kellar, el cocinero, a la cocina, y a los demás al sollado. Los cuatro entraron, y sólo dos salieron; pues, cuando Kellar anunció el desayuno, únicamente Wilson y Mulligan respondieron; Brown y Macintosh permanecieron en sus literas hasta ser sacados y tendidos junto a Taylor en la escotilla.

Los enterramos después del desayuno, y tomé balance. Mi tripulación quedaba reducida a Gall, el oficial; Kellar, el cocinero; y Devlin, Wilson y Mulligan, marineros. Mulligan había tomado el timón; y su desayuno aparentemente lo había despejado, pues gobernaba bien.

El barco corría escorado; y si todo iba bien llegaríamos a Sídney al amanecer del día siguiente; pero si las cosas no iban bien —si el viento aumentaba o morían más hombres— no podía prever otra cosa que el desastre. Íbamos con juanetes y sobremesanas arriba y abajo, dos velas de proa y cangreja rizada; pero cualquier reducción adicional estaría más allá de las fuerzas de los pocos hombres que quedaban; mientras que aferrar velas —salvo la cangreja y los foques— era imposible.

Pero otra tarea que requería hombres y músculo era preparar las anclas. Fui a proa y las examiné. La mejor estaba a babor, la más ligera a estribor; y ambas colgaban hacia dentro en el sollado de juanete de proa, amarradas juntas.

El barco llevaba un cabrestante patentado —una innovación en aquellos días— y en cada regala de juanete una pieza acanalada, que sabía estaba destinada a sujetar y mantener la uña del ancla cuando descansaba fuera de la regala, lista para ser largada.

Con este ingenio un solo hombre podía soltar el ancla. Así que, sin permitir a los hombres aturdidos más que su pitillo de después del desayuno, los puse a trabajar, oficial, cocinero y todos, para arrastrar, empujar y palanquear aquellas anclas hasta las regalas, hasta que colgaron afuera; las uñas en los encajes, y los pesados hierros sujetos contra el deslizamiento por una vuelta del shank painter —una pequeña cadena pasada alrededor del cañón y amarrada a un cabillero. Trabajaron hoscos pero en silencio, quizá porque al principio les recordé que el plomo frío era más rápido en sus efectos que el mal whisky.

—Ahora bien, perros borrachos —dije cuando el trabajo estuvo hecho—. Abajo, todos, a la cubierta principal, y poneos a fregar con las piedras pómez. Tú también, Gall, dije. Y tú también, Kellar. Hoy no habrá bebida, porque os tendré bajo mi vista, y tampoco habrá cocina. Comeréis galleta dura y beberéis agua fría.

Refunfuñaron y murmuraron, pero me obedecieron; y durante todo el día, con una hora de descanso al mediodía, cuando mordisqueaban pan duro en cubierta mientras yo los vigilaba, trabajaron con las piedras pómez, sin respiro salvo cuando, cada dos horas, uno relevaba el timón. Yo mismo mordisqueaba pan duro y mantenía la guardia. Había muchas embarcaciones en el horizonte, pero ninguna lo bastante cerca para hacer señales; de otro modo quizá me habría sentido tentado a pedir ayuda. Pero hacerlo habría sido anunciar mi impotencia, y me bastaba con mantener mi rumbo.

Cuando cayó la oscuridad, envié a Kellar a la cocina para preparar la cena, pero los mantuve frotando hasta que estuvo lista. Luego guardaron las piedras y comieron. Estaban exhaustos; y esperaba que su fatiga les indujera un sueño que durase hasta la mañana; pues yo pensaba permanecer despierto toda la noche, e ignorar el sistema de guardias, salvo que cada dos horas se relevase el timón. Me importaba poco si se volaba lona, con tal de que quedase suficiente para mantener el gobierno al llegar a Sídney por la mañana.

El mar estaba fuerte, y avanzábamos hundiéndonos en la resaca y subiendo a las crestas con una quilla bastante estable, salvo por la fuerte escora a estribor.

Gall tuvo el timón de ocho a diez en la primera guardia, y gobernó bien, aunque contestaba hosco. No le llamé la atención. En pocas horas esperaba librarme de todos ellos; y cualquier imposición de etiqueta marinera en aquella emergencia me parecía un esfuerzo inútil. Pero me vi obligado a considerarlo cuando, hacia las tres campanadas, juramentos y gritos llegaron desde proa.

—¡Por el amor de Dios, Gall! —dije—. ¿Qué pasa? ¿Están otra vez en ello?

—Los ha hecho trabajar demasiado, señor —respondió—. Usted mismo bebería si estuviera tan cansado como nosotros.

Quizá tenía razón. Quizá me había excedido, y provocado una fatiga corporal que, más que nada, impulsa al hombre común a beber. Pero, en cualquier caso, el daño estaba hecho. Estaban en cubierta, gritando y maldiciendo; y vi vagamente en la oscuridad que venían a popa—Wilson, Kellar, Devlin y Mulligan—aunque no podía distinguirlos bien. Oí el traqueteo de las barras del cabrestante al sacarlas del armazón central; y para enfrentar esta amenaza avancé hasta el arranque del alcázar y les llamé.

—¡Quedaos en proa! —dije—. El primer hombre que suba estos escalones baja de cabeza.

Se detuvieron un momento, mientras me maldecían y me insultaban como tirano, petimetre de charreteras, hijo de zapatero y otras cosas mejor imaginadas que descritas. Luego cargaron en grupo; y envié una bala por encima de sus cabezas. Los detuvo un instante, pero volvieron a avanzar. Envié otra bala, y se detuvieron al pie de los escalones.

—Os mataré a todos —dije— si no soltáis inmediatamente esas palancas y bajáis. Entonces disparé una tercera bala, pero sin intención de acertar.

Eso los decidió. Retrocedieron, arrojaron las palancas a la cubierta y se tambalearon hacia proa, mientras yo cambiaba mi cilindro medio vacío por uno lleno que llevaba en el bolsillo. Desaparecieron en el sollado de babor, y no volví a oír nada de ellos aquella noche, ni después, aunque vi a uno salir tambaleante y pasar por delante de la cámara. Murieron esa noche. Al amanecer encontré a Kellar tendido en la cubierta de proa junto a la escotilla, y a los otros tres fríos y quietos en sus literas.

Gall había gobernado toda la noche, y con voz ronca me pidió que le diera un “relevo”, pero me negué.

—Te necesito vivo —dije—. Cuando meta este barco en el puerto, tomaré yo el timón mientras tú sueltas el ancla. Después podrás hacer lo que quieras: vivir, o morir como los demás.

Amenazó con soltar el timón, pero le mostré mi pistola y le amenacé con abatirlo allí mismo. Estaba lo bastante sobrio como para valorar su vida, y siguió gobernando.

Había tierra a sotavento, y pronto distinguí la luz de Outer North Head. Cambié el rumbo, y el barco avanzó como un caballo de carreras. Una lancha de prácticos se cruzó en nuestro camino, y, tras hacer señales, quedó atrás. No podía detener aquel barco para un práctico, ni sentía que lo necesitara. Lo guié más allá del cabo exterior, puse rumbo directo con el temporal, y, con el timón a babor, viré bajo la protección de Inner North Head.

Entonces tomé el timón y envié a Gall a proa para soltar el ancla a mi orden. Fue, arrastrando las piernas cansadas, subió al castillo de proa justo cuando la lona se abateaba, y soltó el shank painter del gran ancla. Observé el agua y, cuando el barco

comenzó a retroceder, grité:

—¡Suelta!

Inmediatamente soltó el tope del anillo, y el ancla se deslizó por la regala y se precipitó, arrastrando la cadena tras de sí.

Gall, marinero experto de pies a cabeza, agarró la palanca de fricción y se mantuvo listo para frenarla, mirándome en busca de instrucciones. Le grité que la dejara correr, y me uní a él con calma. Tomé la palanca de sus manos, y él dijo:

—Gracias, señor, estoy rendido.

Luego, con su tarea cumplida, bajó los escalones, mientras yo largaba cadena, frenándola de vez en cuando hasta que, con cincuenta brazas fuera, sentí que el ancla había mordido.

Entonces busqué a Gall; y, al no verlo, descendí los escalones del castillo. Estaba bajo el juanete de proa, medio dentro del pañol de pintura, de espaldas a mí. Vertía barniz del gran bidón en un tarro, y lo observé en silencio. Cuando el tarro estuvo lleno, comenzó a removerlo con fuerza, cada vez más rápido, hasta que, como pude ver, la fuerza centrífuga levantó el barniz hasta el borde. Entonces alzó de golpe el tarro y, desde el hueco central del barniz aún girando, bebió profundamente del alcohol de madera separado.

Esto era lo que habían bebido. Esto era lo que los había matado, incluso a Gall. Se incorporó, me miró con ojos cansados y agotados, y luego pasó tambaleándose junto a mí. No podía hacer nada por él, salvo esperar que sobreviviera. Pero, antes de llegar a la puerta del sollado, gorgoteó, se atragantó y cayó a la cubierta.